

# El odio en la clínica del duelo



DAVID ANDRÉS VARGAS CASTRO\*

Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina

## El odio en la clínica del duelo

## Hatred in Grief Therapy

## La haine dans la clinique du deuil



Sirviéndonos principalmente de elaboraciones freudianas, este texto busca dar cuenta de las manifestaciones del odio en el duelo. Para ello, revisaremos algunos desarrollos planteados en “Duelo y melancolía” a la luz de textos previos y posteriores. También se articulará la ambivalencia con el destino de las pulsiones y con el asesinato del padre de la horda, siendo los sueños de muerte —de personas queridas— una vía regia para el complejo de Edipo. Tomaremos a la culpa como índice del odio, ubicando tempranas articulaciones freudianas con la propuesta lacaniana de “estar de duelo por quienes hemos sido su falta”. Elisabeth von R. será un ejemplo paradigmático de este desarrollo que finalizará con algunas consecuencias para la práctica psicoanalítica.

**Palabras clave:** duelo, odio, amor, ambivalencia, culpa.

Taking Freud's elaborations as its main source, the article seeks to account for manifestations of hatred during mourning. To that effect, we review some of the ideas set forth in “Mourning and Melancholia” in the light of both previous and later texts. We also connect ambivalence to the fate of passions and to the murder of the father of the horde, since dreams of the death of loved ones constitute a privileged path to the Oedipus complex. We construe guilt as a sign of hatred by linking early Freudian formulations with the Lacanian proposal that “we mourn people of whom we can say”, “I was his lack”. Elisabeth von R. serves as the paradigmatic example of this development that concludes with some of the consequences for psychoanalytical practice.

**Keywords:** grief, hate, love, ambivalence, guilt.

À partir principalement des études freudiennes, l'article cherche à rendre compte des manifestations de la haine dans le deuil. À cette fin, les articulations de Freud dans “Deuil et Mélancolie” seront examinées à la lumière d'autres écrits freudiens antérieurs et ultérieurs. L'ambivalence trouvera aussi une articulation avec le destin des pulsions et le meurtre du père de la horda, les rêves de mort d'un être aimé étant une voie royale qui mène à l'inconscient. La culpabilité sera prise ici comme indice de la haine, et quelques premières articulaciones freudiennes seront placés à côté de la proposition lacanienne “nous ne sommes en deuil que de quelqu'un dont nous pouvons nous dire j'étais son manque”. Elisabeth von R. sera prise comme exemple paradigmatique dans cet essai qui aboutira sur quelques conséquences pour la pratique analytique.

**Mots clés:** deuil, haine, amour, ambivalence, culpabilité.

**CÓMO CITAR:** Vargas Castro, David Andrés. “El odio en la clínica del duelo”. *Desde el Jardín de Freud* 19 (2019): 159-174, doi: 10.15446/djf.n19.76705

\* e-mail: vargascastro@yahoo.com.ar

© Obra plástica: Jim Amaral

“Cuidate de mí, maldito, porque te amo”.

TERESA CALDERÓN

## INTRODUCCIÓN

**A**l principio fue el odio, argumentó Freud. Consideró que un duelo es efectuado por la pérdida de un objeto amado. Sin embargo, también ubicó que el amor viene acompañado del odio, y en el duelo no es la excepción. Tanto en las elaboraciones freudianas como lacanianas, encontramos referencias concernientes al odio en el duelo, pero que parecen haber quedado relegadas —o bien podríamos decir *reprimidas*— de los desarrollos que se suelen hacer sobre el duelo.

Desde su aparición, “Duelo y melancolía” ha sido la piedra angular para pensar el duelo en psicoanálisis. Texto que, si bien resulta esclarecedor en varios puntos al respecto, es insuficiente si no se coteja con otras elaboraciones freudianas previas y posteriores.

Es así, que en el presente artículo nos abocaremos a visitar dichas elaboraciones —haciendo algunos comentarios con Lacan— que nos remitirán a la dinámica pulsional, la ambivalencia, el complejo de Edipo, el asesinato del padre de la horda, el clásico caso de Elisabeth von R., los sueños de la muerte de personas queridas, la culpa y la falta; referencias que, como podemos ver, atraviesan toda la obra freudiana.



1. Sigmund Freud, “Duelo y melancolía” (1917 [1915]), en *Obras completas*, vol. XIV (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 241.

## EL ODIO EN “DUELO Y MELANCOLÍA”

En coherencia con nuestro objetivo, veamos algunas elaboraciones que Freud realiza en este texto publicado en 1917. Iniciemos haciendo referencia a la consabida definición que da del duelo: “es, por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.”<sup>1</sup>.

El amor aparece en primer plano, devenido como condición —no suficiente— para que tenga lugar un duelo. Lo que Freud llamará aquí *trabajo de duelo* consistirá en desasir del objeto perdido la libido: “Cada uno de los recuerdos y cada una de las

expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvertidos y en ellos se consume el desasimiento de la libido”<sup>2</sup>.

En el clausurar y sobreinvertir podemos indicar que la falta del objeto se ubica como central para el supérstite, al igual que es gracias a estos movimientos que tiene lugar la idealización del objeto. Por un lado, en razón de que las expectativas y recuerdos, al ser clausuradas, quedan por fuera de otras representaciones —de allí que el supérstite vuelva una y otra vez a ellas—, teniendo así un lugar de excepción; y, por otro lado, fruto de sobreinvertir tanto expectativas como recuerdos, permanece suspendido cualquier juicio crítico hacia el objeto. La idealización nos permitirá articular, posteriormente, la relación entre el odio y la culpa en el duelo, ya que la idealización es solidaria con la represión al mantener sofocado al odio, el cual, como retorno de dicha sofocación, encuentra su expresión en la culpa vehiculizada en los autorreproches que dan cuenta de los deseos de muerte que fueron dirigidos al objeto.

Otro de los puntos de nuestro interés atañe a la melancolía y el duelo desde el punto de vista tóxico. Mientras que en la melancolía —leemos de la pluma de Freud— se trata de una pérdida en la que se desconoce lo que se perdió con lo perdido, en el duelo “no hay nada inconsciente en lo que atañe a la pérdida”<sup>3</sup>. Los deseos de muerte y odio, que también acompañan al objeto de amor, nos servirán para repensar esta afirmación.

La culpa en la expresión de reproches-autorreproches igualmente merece nuestra atención, en cuanto Freud —en el texto que venimos transitando— considera la presencia de autorreproches en la melancolía —los cuales describe como sádicos y gozosos—, así como en el duelo de tinte patológico que puede presentarse en la neurosis obsesiva. En esta el supérstite se siente culpable por la muerte del objeto amado, consecuencia de haber deseado su fallecimiento; se hace la salvedad de que en la melancolía, en realidad, se trata de reproches posibilitados por la identificación narcisista con el objeto perdido: “Así, se tiene en la mano la clave del cuadro clínico [de la melancolía] si se disciernen los autorreproches como reproche contra un objeto de amor, que desde este han rebotado sobre el yo propio”<sup>4</sup>.

Con respecto a dicha identificación, dirá que tiene lugar por la regresión de la elección de objeto narcisista al narcisismo originario. Allí recordará a la identificación como momento previo a la elección de objeto, siendo el primer modo de relación, expresado de forma ambivalente, en que el yo se distingue del objeto: “Querría incorporárselo, en verdad, por la vía de la devoración, de acuerdo con la fase oral o canibálica del desarrollo libidinal”<sup>5</sup>. Elaboración que, como veremos, será solidaria de lo desarrollado en “Tótem y tabú”, pero no para circunscribir la ambivalencia a la melancolía y a la neurosis obsesiva, sino hacerla extensiva también al duelo.

2. *Ibíd.*, 243.

3. *Ibíd.*

4. *Ibíd.*, 246.

5. *Ibíd.*, 247.

Para preguntarnos sobre la pertinencia del uso de la interpretación en la clínica del duelo, realizaremos otra lectura del planteamiento freudiano de que solo en la melancolía “se urde una multitud de batallas parciales por el objeto; en ellas se enfrentan el odio y el amor, el primero pugna por desatar la libido del objeto, y el otro por salvar del asalto esa posición libidinal”<sup>6</sup>. Esta afirmación dará lugar a que consideremos que en el duelo también se trata de esa batalla entre el amor y el odio, pero agregando que el odio es también un modo de mantener una ligazón libidinal al objeto.

Recordemos, a fin de precisar, que Freud concluye en “Duelo y melancolía” que la ambivalencia no resulta causa suficiente para la melancolía, así como tampoco la pérdida de objeto, sino la regresión de la libido al yo, fruto de la identificación narcisista. Esta aclaración va en dirección de poner en aviso que, si bien justificaremos cierta ampliación de algunos desarrollos freudianos con respecto a la melancolía y también al duelo —gracias a otros textos del autor y elaboraciones lacanianas—, consideramos que encontramos también articulaciones que hacen posible ubicar diferencias de estructura, como es la certeza del melancólico frente a los (auto)reproches de los que (se) hace presa —de allí el delirio de insignificancia—, así como la división subjetiva del neurótico obsesivo frente a los autorreproches.

Finalmente, preguntarnos: ¿Qué sería un duelo “normal”, no patológico? ¿Podemos considerar como diferencia válida y suficiente el tiempo de duración, así como Freud llega a proponerlo en el caso del Hombre de las ratas<sup>7</sup>, o por la intensidad en la expresión de sus manifestaciones? ¿En qué tipo de relación —causal, exclusión, sustitución, complementariedad, discontinuidad— debemos pensar al duelo con respecto a las manifestaciones clínicas de las estructuras de la nosografía freudiana? En última instancia: ¿Es posible pensar un duelo por fuera de las estructuras clínicas freudianas, posiciones subjetivas del ser que son modos también de *pathos*, sin caer en la utopía de la normalidad? Con estos puntos y preguntas a la obra freudiana, iniciemos nuestro desarrollo.

### **AMBIVALENCIA: PULSIONES, PADRE DE LA HORDA Y EDIPO**

La presencia del odio con el amor nos remite, directamente, a los desarrollos de Freud en torno a la ambivalencia. Revisemos, entonces, algunos pasajes de su corpus teórico al respecto para pensarlo a la luz del duelo.

Si nos remitimos a “Pulsiones y destinos de pulsión”, dentro de los diversos aportes presentados allí, destaquemos el del odio como previo al amor, en cuanto que, dentro de la dinámica placer-displacer, el narcisismo —fuente de placer— se contrapone a los estímulos provenientes del mundo exterior —fuente de displacer—;

6. *Ibíd.*, 253.

7. “Mientras que un duelo normal transcurre en uno o dos años, uno patológico como el suyo es de duración ilimitada”. Sigmund Freud, “A propósito de un caso de neurosis obsesiva” (1909), en *Obras completas*, vol. X (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 147.

también señalemos la presencia de la ambivalencia en los diversos momentos del desarrollo pulsional. El primero de ellos, en la etapa oral, en el devorar-incorporar el objeto, hay solidaridad entre incorporar el objeto y destruirlo. El segundo, concerniente a lo sádico-anal, se manifiesta en el apronte por apoderarse del objeto, sin importar la aniquilación o daño a este. Finalmente, en la organización genital infantil, el odio adviene como opuesto del amor:

La historia de la génesis y de los vínculos del amor nos permite comprender que tan a menudo se muestre “ambivalente”, es decir, acompañado por mociones de odio hacia el mismo objeto. Ese odio mezclado con el amor proviene, en una parte, de las etapas previas del amar no superadas por completo, y en otra parte tiene su fundamento en reacciones de repulsa procedentes de las pulsiones yoicas, que a raíz de los frecuentes conflictos entre intereses del yo y del amor pueden invocar motivos reales y actuales. En ambos casos, entonces, ese odio mezclado se remonta a la fuente de las pulsiones de conservación del yo.<sup>8</sup>

Es de meritoria importancia con respecto al duelo lo que advierte Freud haciendo mención explícita al reemplazo del amor por el odio cuando se interrumpe un vínculo de amor: “en tales casos el odio, que tiene motivación real, es reforzado por la regresión del amar a la etapa sádica previa, de suerte que el odiar cobra un carácter erótico y se garantiza la continuidad de un vínculo de amor”<sup>9</sup>. El odio se plantea entonces como un modo de mantener el vínculo con el objeto, no atentando contra él. Por eso considerará al dolor —no al odio— como el afecto que da cuenta de la pérdida del objeto<sup>10</sup>. Sin embargo, debemos agregar que en el tiempo del duelo se complejiza por la sofocación de dicho odio vía la idealización del objeto. Solo revisitando las representaciones que dan lugar al odio<sup>11</sup> es que la idealización dejará de tener lugar.

Si nos remitimos a “Tótem y tabú”, tenemos el mito del asesinato del padre de la horda primitiva como una hipótesis de Freud para dar cuenta de la ambivalencia en las ligazones entre el sujeto con sus objetos amados:

Se puede adoptar el supuesto de que [la ambivalencia] es un fenómeno fundamental de nuestra vida de sentimientos. Pero también otra posibilidad me parece digna de consideración: que ella, ajena en su origen a la vida de los sentimientos, fuera adquirida por la humanidad en el complejo paterno, justamente ahí donde la exploración psicoanalítica del individuo pesquiza hoy su más intensa plasmación.<sup>12</sup>

Aquel padre-orangután, temido y envidiado, poseedor de todas las mujeres y tiránico, es asesinado por sus hijos, poniendo fin a la horda paterna, quienes

8. Sigmund Freud, “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915), en *Obras completas*, vol. XIV (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 133-134.

9. *Ibíd.*, 134.

10. Sigmund Freud, “Inhibición, síntoma y angustia” (1926 [1925]), en *Obras completas*, vol. XX (Buenos Aires: Amorrortu, 2003).

11. Recordemos la aclaración freudiana de que solo las representaciones son plausibles de ser reprimidas, de allí que no se trate de un odio reprimido, sino de representaciones que puedan despertar odio.

12. Sigmund Freud, “Tótem y tabú” (1913 [1912-1913]), en *Obras completas*, vol. XIII (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 158.



deciden devorarlo. En esa incorporación —como vimos previamente a propósito de la etapa oral— se identifican con él y adquieren parte de su fuerza. Sin embargo, los hermanos asesinos no sentían únicamente odio por el padre, sino amor y admiración, por lo que advino el duelo y la culpa, dando lugar a la consciencia moral. Al morir, el padre se volvió más fuerte e inmortal en el tótem —sustituto paterno—, con el aseguramiento de que ninguno de los hermanos ocuparía ese lugar. Lo que impedía en vida el padre, ahora los hermanos se lo impusieron a sí mismos. Entonces, en ese mito freudiano como origen de la sociedad humana, la ambivalencia tiene un lugar crucial en el duelo por el padre que podemos ubicar en la expresión de la culpa luego de su asesinato.

De igual manera ocurre en los desarrollos alrededor del complejo de Edipo, si bien en un primer momento Freud lo planteó de modo tal que el deseo erótico recaía sobre el progenitor del sexo contrario, mientras que odio y deseos de muerte se dirigían al progenitor del mismo sexo; posteriormente, se rectificó diciendo que lo común es encontrar que también al progenitor del mismo sexo se le desee sexualmente, así como al del sexo contrario se lo considere un rival al que se le desee la muerte. Es en esta reformulación del Edipo que vemos entrar la ambivalencia.

Aprovechemos para señalar que es en el capítulo dedicado a los sueños de personas queridas fallecidas —sueños que considerará como típicos— que Freud plantea por primera vez el complejo de Edipo, con la ambivalencia que lo caracteriza. Allí dirá, por un lado, que hay varias razones por las cuales el infante siente odio y deseos de muerte por sus hermanos, por más que en la adultez tengan entre sí un cariñoso trato:

El niño mayor maltrató al menor, lo denigró, le quitó sus juguetes; el menor se consumió en furia impotente contra el mayor, lo envidió y lo temió, o enderezó contra el opresor sus primeros conatos de libertad y de conciencia de lo justo.<sup>13</sup>

Dichos sueños expresan el deseo de que esa persona muera. Señala que esos deseos no son actuales, sino de la infancia. Lo explica por el egoísmo del niño y por considerar a sus hermanos como rivales del amor parental.

Será en el intento de explicar el modo en que el niño puede albergar deseos de muerte por sus padres, dispensadores de amor, satisfacción de necesidad y a quienes quiere conservar solo para sí, que Freud planteará el complejo de Edipo:

Aun en nuestra familia burguesa, el padre, negando a su hijo la independencia y los medios para procurarla, suele favorecer el desarrollo del germen natural de hostilidad contenido en esa relación. El médico observa hartas veces en el hijo que el dolor ante la pérdida del padre no puede sofocar su satisfacción por la libertad al fin alcanzada.<sup>14</sup>

13. Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños” (1900 [1899]), en *Obras completas*, vol. IV (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 260.

14. *Ibíd.*, 266.

El padre y la madre, devenidos tanto objetos de amor como objetos de odio, competidores y estorbo, le despiertan al infante el deseo de que mueran, lo que le significa una ausencia permanente del objeto. Así, no tendrá estorbo para sus satisfacciones incestuosas: “Quizás a todos nos estuvo deparado dirigir la primera moción sexual hacia la madre y el primer odio y deseo violento hacia el padre; nuestros sueños nos convencen de ello”<sup>15</sup>.

Como bisagra a nuestro siguiente apartado, consideremos lo planteado por Lacan en torno a un duelo que ubica en el Edipo —cuestión que podemos encontrar como antecedente en Freud cuando señala que el superyó es el heredero del complejo de Edipo, pero quien nunca se refirió a este en términos de duelo<sup>16</sup>—, luego del cual se incorpora el superyó. Representante paterno que, como hemos venido ubicando, además de ser motivo de admiración, es también objeto de odio y reproches, pero que, por efecto de la incorporación, aparece encubierto en autorreproches:

Ese ser amado a quien damos tanta importancia en nuestro duelo, no sólo lo alabamos, aunque más no fuese a causa de esa porquería que nos hizo al dejarnos. Entonces, si incorporamos al padre para ser tan malvados con nosotros mismos, es quizás porque tenemos muchos reproches que hacerle a ese padre.<sup>17</sup>

## LA CULPA: ÍNDICE DEL ODIO

Ya que no hay representación inconsciente de la muerte, esta se presenta a modo de accidente, calamidad, de allí que siempre se busque un culpable. Es así como, al tener en cuenta los desarrollos de Freud con respecto a la ambivalencia, todo objeto digno de duelo no solo es un objeto de amor y de odio, sino que es un objeto que se ha asesinado antes de su muerte.

Freud supo dar cuenta de la expresión de la culpa en reproches y autorreproches en una estructura moebiana en donde uno y otro pueden ser modos de encubrir su reversión significativa. Claros ejemplos de cada uno los encontramos, verbigracia, en el caso Dora, donde el reproche esconde un autorreproche<sup>18</sup>; así como en la melancolía, donde el autorreproche oculta un reproche—.

En la carta que Freud envía a Fliess el 31 de mayo de 1897, conocida como “Manuscrito N”, encontramos una temprana reflexión acerca de la represión de la cual son presa los impulsos hostiles hacia los padres en tiempos de duelo, los cuales encuentran, dependiendo de cada tipo clínico, diversas expresiones en su retorno:

Los impulsos hostiles hacia los padres (deseo que mueran) son, de igual modo, un elemento integrante de la neurosis. Afloran conscientemente como representaciones

15. *Ibíd.*, 271.

16. Las elaboraciones freudianas a propósito del duelo son, en su gran mayoría, sobre la pérdida de un objeto amado en circunstancias de muerte, no con otras pérdidas de “naturaleza más ideal”, por más que así lo plantee en “Duelo y melancolía”. Fue a partir de las elaboraciones de Melanie Klein que se planteó, en términos de duelo, el Edipo y el destete. Para ampliar este punto, véase David Vargas, “¿Sólo se llora a los muertos? Interrogaciones sobre el duelo en Freud”, *Aun* 8 (2014): 115-123.

17. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis* (1959-1960) (Buenos Aires: Paidós, 2009), 366.

18. Sigmund Freud, “Fragmento de análisis de un caso de histeria” (1905 [1901]), en *Obras completas*, vol. VII (Buenos Aires: Amorrortu, 2003).

obsesivas. En la paranoia les corresponde lo más insidioso del delirio de persecución (desconfianza patológica de los gobernantes y monarcas). Estos impulsos son reprimidos en tiempos en que se suscita compasión por los padres: enfermedad, muerte de ellos. Entonces es una exteriorización del duelo hacerse reproches por su muerte (las llamadas melancolías), o castigarse históricamente, mediante la idea de la retribución, con los mismos estados [de enfermedad] que ellos han tenido. La identificación que así sobreviene no es otra cosa, como se ve, que un modo del pensar, y no vuelve superflua la búsqueda del motivo.<sup>19</sup>

Esta temprana referencia nos indica varias cuestiones. Una de ellas nos permite, al ubicarla en cada tipo clínico, pensar la intrincación del duelo en cada estructura, modos distintos en que, con respecto a los deseos de muerte que ubicamos como expresiones de odio, el sujeto responde a la pérdida de objeto —representación obsesiva, delirio de persecución, reproche melancólico, castigo histórico—, lo que ya pone de manifiesto su responsabilidad subjetiva. Igualmente, y como se hace evidente, en este momento restringe los reproches a la melancolía.

Sin embargo, destaquemos lo planteado por Freud en “Tótem y tabú”, en donde ya está manifestado, punto por punto, lo que dirá con respecto al duelo como patológico en la neurosis obsesiva en “Duelo y melancolía”, siendo los reproches reacción, con efecto retardado, al deseo inconsciente de muerte dirigido al objeto amado:

Cuando una mujer pierde a su marido por fallecimiento, o una hija a su madre, no es raro que el superviviente se vea aquejado por unos penosos escrúpulos que llamamos “reproches obsesivos”: dudan sobre si ellos mismos no son culpables, por imprevisión o negligencia, de la muerte de la persona amada. De nada vale el recuerdo del esmero que se puso en cuidar al enfermo, ni la positiva refutación de la culpa aseverada: no bastan para poner término al martirio, que acaso constituya la expresión patológica de un duelo, y cede poco a poco con el tiempo.<sup>20</sup>

Al respecto, es digno de reflexión el planteamiento que realiza Lacan en el seminario “La angustia”, en donde plantea que solo tiene lugar un duelo cuando podemos afirmar, con respecto al objeto en cuestión, “yo era su falta”; lugar en el deseo desconocido hasta el momento de la pérdida del objeto. Sin embargo, aclara que, en una interpretación, más que considerarnos su falta, pensamos que le hemos faltado: “la función que desempeñábamos de ser su falta ahora creemos poder traducirla como que hemos estado en falta con esa persona —cuando precisamente por eso le éramos preciosos e indispensables—”<sup>21</sup>.

19. Sigmund Freud, “Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Manuscrito N” (1950 [1892-1899]), en *Obras completas*, vol. I (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 296.

20. Freud, “Tótem y tabú”, 65-66.

21. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 10. La angustia* (1962-1963) (Buenos Aires: Paidós, 2006), 155.



Como es notable, Lacan extiende los autorreproches al duelo al ubicarlos, en un primer momento, en donde la falta —en su estatuto simbólico de castración— es interpretada por el sujeto como frustración —estatuto imaginario—<sup>22</sup>. Si bien son diversos estatutos de la falta de objeto, en cuanto la falta en el duelo concierne a un objeto real, de allí que no es equivalente a la falta de la castración, Lacan señala que es por regresión —que ubica como consustancial en el duelo— que se interpreta en términos de privación la falta simbólica, en cuanto que el objeto del duelo, en última instancia, es por el objeto que fuimos para el deseo del Otro. Cuestión que podemos rastrear en Freud cuando plantea que el complejo de castración organiza y resignifica las pérdidas de objeto precedentes, lo que demarca la relación —y, por tanto, no equivalencia— entre el duelo con la castración. Denota así la manera en la que, sobre una falta simbólica que recae en el objeto imaginario del falo en la angustia de castración, se resignifican las pérdidas de objetos reales, tales como el seno y las heces.

Es importante destacar que Lacan, previo a este planteamiento, advierte que la identificación propuesta por Freud al objeto en el duelo es insuficiente. Curiosa afirmación, ya que Freud no plantea tal identificación —aunque sea posible deducir una identificación en el duelo<sup>23</sup>— haciendo solo mención a la identificación narcisista con el objeto en la melancolía. Vemos que es gracias a este deslizamiento que Lacan inscribe la culpa, vía los reproches, en el duelo. A fines de precisión, indiquemos que la identificación narcisista no es equiparable a la identificación presente en el duelo ya que, como lo denotará en “Duelo y melancolía” con la famosa frase “la sombra del objeto cayó sobre el yo”, es una identificación que concierne a la totalidad del yo; mientras que la identificación en el duelo es parcial.

Estos desarrollos con respecto a los reproches y la culpa son los que, de igual forma, nos permiten dilucidar su articulación con la idealización. Indicamos en “Duelo y melancolía” la clausura y sobreinversión de las expectativas y recuerdos con respecto al objeto perdido. La idealización es, precisamente, una forma de suspender cualquier reproche posible, encontrando su expresión, al retornar sobre el sujeto, como culpa y autorreproche. De este modo, el odio vehiculizado en los reproches permanece reprimido. Los aportes realizados por Freud en torno al trato a personas privilegiadas —que no dudaremos en pensar aplicables a la memoria del muerto— nos parecen corroborar lo mencionado: “se nos ofrecería la intelección de que, a su veneración, y aun endiosamiento, se contraponen en lo inconsciente una intensa corriente hostil; vale decir que, como lo esperábamos, aquí se realiza la situación de la actitud ambivalente de sentimientos”<sup>24</sup>.

En dirección análoga, en la clase del 3 de julio de 1963 de su seminario —destacando el peso fundamental de lo imaginario en el amor—, Lacan señala que todo

22. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 4. La relación de objeto* (1956-1957) (Buenos Aires: Paidós, 2004).

23. David Vargas, “Duelo del analista e identificación con el síntoma”, *Desde el Jardín de Freud* 11 (2011): 221-228.

24. Freud, “Tótem y tabú”, 55-56.

amor, en cuanto está estructurado desde el narcisismo, implica idealización, debido a que el objeto en cuestión se haya soportado por la imagen del otro que vela al objeto *a*. De allí que podamos afirmar que, en todo duelo, se encuentra velado lo que se perdió al perder el objeto:

El problema del duelo es el del mantenimiento, en el nivel escópico, de los vínculos por los que el deseo está suspendido, no del objeto *a*, sino de *i(a)*, por el que todo amor está narcisísticamente estructurado, en la medida en que este término implica la dimensión idealizada que he señalado.<sup>25</sup>

Además de los reproches y los autorreproches, Freud ubica también una tercera forma de solución del odio y la culpa por el muerto vía el mecanismo de proyección, lo que da lugar a las tan conocidas manifestaciones fantasmáticas. De este modo, el supérstite expulsa el odio el cual retorna como temor de que el difunto regrese a modo de espectro amenazante. Temor que encuentra su fundamento en los propios deseos de muerte ahora desfigurados por proyección y sentidos provenientes desde afuera. La culpa es así sustituida por el temor:

No se puede desechar que este proceso de proyección que hace de los difuntos unos enemigos malignos halle apuntamiento en las hostilidades reales que uno recuerda de ellos, y acaso tiene que reprocharles efectivamente; vale decir, el recuerdo de su rigor, despotismo, injusticia y cuanto constituye el trasfondo de los vínculos más tiernos entre los hombres.<sup>26</sup>

### ELISABETH VON R.: UN DOLOR POR OTRO

Este caso integrado en los conocidos “Estudios sobre la histeria” nos parece dar cuenta de lo desarrollado hasta acá. Nuestro propósito no es hacer una transcripción del caso, sino tomar algunos pasajes en los que podemos leer lo planteado<sup>27</sup>.

Allí leemos que Elisabeth ha pasado por dos muertes: la de su padre y la de una hermana. La primera, por una afección cardíaca, y la segunda, luego de un parto, también por una afección cardíaca. Elisabeth, como se verá, también sufrirá del corazón.

Una de las cuestiones que Freud advierte es que los dolores de los que se queja la paciente, así como sus dificultades para caminar, tuvieron lugar solo tiempo después de la muerte de su padre. Al respecto, una de las observaciones hechas por Freud llama nuestra atención: “Muy en particular, parecían entusiasmarle los dolorosos golpes de la máquina inductora, y cuanto más intensos eran, más parecían refrenar sus propios dolores”<sup>28</sup>. Detalle que nos permite ubicar la necesidad de castigo —que Freud

25. Lacan, *El seminario. Libro 10. La angustia*, 362.

26. Freud, “Tótem y tabú”, 68.

27. Es así que recomendamos al lector remitirse al caso en cuestión: Sigmund Freud, “Estudios sobre la histeria” (1893-1895), en *Obras completas*, vol. II (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 151-194.

28. *Ibíd.*, 154.

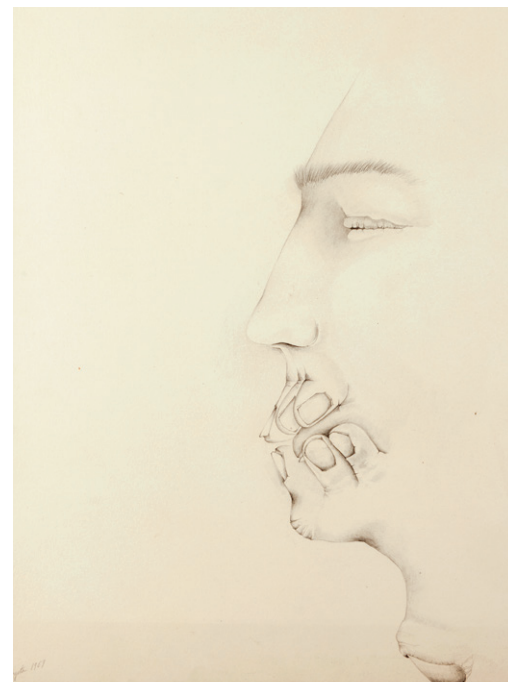
inicia llamando “sentimiento inconsciente de culpa”— al advertir la manera en la que el dolor sentido en sus piernas encuentra mengua recibiendo otro dolor. Por razones análogas es que, mientras Elisabeth tuvo que cuidar a su madre por una operación de ojos, no enfermó, sino cuando estuvo exenta de penas y preocupaciones durante una temporada veraniega.

Por otro lado, resaltemos con Freud que “Elisabeth no sufrió solo por la pérdida de esta hermana, a quien había amado tiernamente, sino casi en igual grado por los pensamientos que esa muerte incitó y las alteraciones que trajo consigo”<sup>29</sup>. Vemos acá el entramado entre la neurosis y el duelo: el dolor por la pérdida de su hermana, la represión de la envidia y los deseos de muerte despertados, encuentran su expresión en el dolor corporal por conversión.

En el tratamiento, Elisabeth le narra a Freud diversas situaciones ocurridas durante el cuidado de su padre enfermo y la muerte de su hermana. Con respecto a lo primero, dirá que la posibilidad de encontrarse con un joven que le interesaba se vio disminuida, destacando que, en una ocasión, al ausentarse del lecho del padre, asistió a una reunión social en donde se cruzaría con dicho joven. Sin embargo, al regresar, y luego de una grata velada, se encontró con que su padre había empeorado, lo que la hizo presa de autorreproches, lo cual la condujo a detener así los encuentros con el joven. Bajo estas circunstancias, no es extraño que supongamos que Elisabeth haya deseado la muerte de su padre, al resultar estorboso para sus encuentros. Cuestión que, como veremos, aparece respecto a la muerte de su hermana.

Durante la hipnosis, Freud advierte que la pierna derecha respondía a recuerdos concernientes al tiempo en que cuidó a su padre, ya que era sobre esta pierna que él descansaba la suya, así como del tiempo en que estuvo trabando relación con el joven de su interés: “Una primera conversión mientras cuidaba a su padre, y ello en el momento en que sus deberes como cuidadora entraron en querrela con su ansiar erótico”<sup>30</sup>. Por otro lado, la pierna izquierda despertaba dolores al evocar recuerdos de la muerte de su hermana.

Relatará entonces lo sucedido durante un paseo que realizó con su cuñado. En un primer momento, el marido de su hermana señaló que se quedaría al lado de la enferma, pero luego decidió ir con Elisabeth. Indagando al respecto, Freud le pregunta sobre alguna razón a la que pueda adjudicar sus dolores, obteniendo como respuesta: el dolor que le causaba su actual soledad, en contraste con la dicha de su hermana junto a su cuñado. A consecuencia de ello, y avanzando Freud sobre una hipótesis que luego corroborará, le consulta a Elisabeth si durante el viaje de regreso —en el momento en que muere su hermana, ella y su madre no se encontraban junto al lecho de la enferma— no consideró la posibilidad de que su hermana muriese, a lo que dirá



29. *Ibíd.*, 158.

30. *Ibíd.*, 181.

que lo evitó cuidadosamente, hasta el encuentro con el cuerpo inerte de su hermana. Allí, dos pensamientos invadieron su mente:

En el momento de la cruel certidumbre de que la hermana querida había muerto sin despedirse de ellas, sin que el cuidado de ellas fuera el bálsamo de sus últimos días... en ese mismo momento un pensamiento otro pasó como un estremecimiento por el cerebro de Elisabeth, pensamiento que ahora se había instalado de nuevo irrechazablemente; pasó como un rayo refulgente en medio de la oscuridad: "Ahora él está de nuevo libre, y yo puedo convertirme en su esposa".<sup>31</sup>

En el primer pensamiento, podemos ubicar tanto el reproche —"murió sin despedirse"— como el autorreproche —"sin que el cuidado de ellas fuera el bálsamo de sus últimos días"—, mientras que, en el segundo pensamiento, se pone en evidencia el odio hacia su hermana y la consolidación de su deseo de muerte. Será por la represión emprendida con respecto a estos pensamientos insoportables que Elisabeth enfermará de la otra pierna, lo que también pondrá en serie la muerte del padre con la muerte de su hermana, ambos siendo estorbosos para sus intereses libidinales. El dolor psíquico, mediante conversión, se torna dolor corporal. En el síntoma se condensa tanto el dolor por la pérdida de su padre, encontrando así una forma no advertida de recordarlo —por la evocación de los momentos en que él reposaba su pierna en la de ella—, como el castigo por el "mal paso" en que incurrió por los pensamientos surgidos en el paseo con el cuñado.

### CONSECUENCIAS PARA LA PRÁCTICA

Usemos como introducción a este apartado final un interrogante que Freud se hace en el caso recién referido:

Si, despreocupadamente, uno se situara en la vida anímica de esta muchacha, no podría denegarle una cordial simpatía humana. Pero, ¿qué diremos sobre el interés médico por este historial clínico, sobre sus vínculos con las dolorosas dificultades para caminar, sobre las perspectivas de aclaración y curación que acaso habrían de resultar de las noticias obtenidas acerca de esos traumas psíquicos?<sup>32</sup>

A nuestro entender, en este párrafo Freud plantea que la posición del analista no es la de comprender, como podría hacerlo otro interlocutor presto a mostrarse compasivo, sino que el deseo de saber que lo habita no da como incuestionable a un sujeto en duelo. Hay también saber en el dolor, cuando no es el dolor lo que funciona como modo de no querer saber.

31. *Ibíd.*, 170-171.

32. *Ibíd.*, 159.

Por lo tanto, es necesario advertir que, a consecuencia del pasaje de “Duelo y melancolía” donde se afirma que en el duelo no hay nada inconsciente con respecto a la pérdida, algunos analistas plantean que no se debe interpretar a un sujeto en duelo, por dos razones opuestas: la primera, que la interpretación puede dar lugar a la angustia, lo que resultaría contraproducente para alguien en duelo, argumentada por una suerte de fragilidad por parte de este; la segunda, que no tiene sentido interpretar porque, al no haber nada inconsciente, no habría material para tal labor. Sobre la cuestión de la conveniencia clínica de interpretar o no a un sujeto en duelo, Freud también hizo otras formulaciones que van en una vía distinta a la recién expresada.

En “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” comenta sobre un paciente que sueña con su padre recientemente fallecido, con quien conversa como cuando estaba vivo, pero sintiéndose adolorido de que el padre no supiera que estaba muerto. Allí, Freud interpreta agregando: “...según su deseo”, evocando la actualidad del deseo edípico latente:

Era para él un doliente recuerdo el haber tenido que desearle la muerte a su padre (como liberación) cuando aún vivía, y cuán espantoso habría sido que el padre lo sospechase. Se trata, pues, del conocido caso de los autorreproches que siguen a la muerte de un deudo querido, y aquí ese reproche se remonta hasta el significado infantil del deseo de muerte contra el padre.<sup>33</sup>

En esta misma dirección, una indicación que realiza Freud en “Una neurosis demoníaca en el siglo XVII”, en el que la muerte del padre funciona como causa de la enfermedad, nos parece igualmente importante:

Si pudiéramos averiguar acerca de Christoph Haizmann tantas cosas como las que llegamos a saber sobre los pacientes que se someten a nuestro análisis, nos resultaría fácil desarrollar su ambivalencia, hacerle recordar los momentos y ocasiones en que tuvo razón para temer y odiar a su padre, pero, sobre todo, descubrir los factores accidentales que se añadieron a los motivos típicos del odio hacia aquel, motivos que arraigan inevitablemente en el vínculo natural padre-hijo.<sup>34</sup>

De modo tal que, si bien ubicamos la ambivalencia en el desarrollo pulsional, en el asesinato de la horda primitiva y el Edipo, lo crucial en lo que respecta al análisis corresponde al valor de lo contingente devenido necesario, la importancia de las series complementarias destacadas por Freud.

Igualmente, y como consecuencia del apartado que dedicamos a la culpa como índice del odio, debemos advertir que la presencia de la culpa puede ser un indicador en el análisis, de modo tal que el analista deba cuidarse de eliminarla: si el paciente

33. Sigmund Freud, “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” (1911), en *Obras completas*, vol. XII (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 230.

34. Sigmund Freud, “Una neurosis demoníaca en el siglo XVII” (1923 [1922]), en *Obras completas*, vol. XIX (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 89. La cursiva es mía.

se siente culpable, por algo será, como lo dirá Freud sobre la melancolía. Es culpable según su deseo. Intentar desculpabilizar al sujeto es desmerecer su realidad psíquica, en donde el deseo, además de ser siempre actual —de allí que Freud lo considere indestructible y atemporal— tiene el mismo estatuto que la acción.

El análisis resulta un espacio privilegiado para alojar no solo el dolor por la pérdida del objeto amado, sino también el odio que igualmente cumple el papel paradójico de agredir al objeto para no perderlo, atolladero de culpa sobredeterminada por los deseos de muerte dirigidos al objeto amado. Rememorar, pasar pieza por pieza por los recuerdos que el trabajo de duelo implica, no responde solo a las representaciones amorosas, sino también a las odiosas y su relectura resulta esencial, como lo señalamos previamente, para que la idealización deje de tener lugar. Punto álgido del análisis, en donde, más allá del amor o el odio, puede ubicarse el deseo del Otro al que, necesariamente, ninguna respuesta puede suturar. Agujero en el saber que relanza el deseo.

Finalmente, y como saldo ético, advirtamos que denotar al duelo enmarcado en las clásicas estructuras clínicas, renunciando al ideal de una supuesta normalidad, nos permite situar lo incurable de la división que constituye al sujeto del inconsciente, en clara diferencia con otras terapéuticas, concepciones de salud mental o manuales de trastornos mentales.

## BIBLIOGRAFÍA

- FREUD, SIGMUND. “Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Manuscrito N” (1950 [1892-1899]). En *Obras completas*. Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FREUD, SIGMUND. “Estudios sobre la histeria” (1893-1895). En *Obras completas*. Vol. II. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FREUD, SIGMUND. “La interpretación de los sueños” (1900 [1899]). En *Obras completas*. Vol. IV. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FREUD, SIGMUND. “Fragmento de análisis de un caso de histeria” (1905 [1901]). En *Obras completas*. Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FREUD, SIGMUND. “A propósito de un caso de neurosis obsesiva” (1909). En *Obras completas*. Vol. X. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FREUD, SIGMUND. “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” (1911). En *Obras completas*. Vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FREUD, SIGMUND. “Tótem y tabú” (1913 [1912-1913]). En *Obras completas*. Vol. XIII. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FREUD, SIGMUND. “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915). En *Obras completas*, Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FREUD, SIGMUND. “Duelo y melancolía” (1917 [1915]). En *Obras completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FREUD, SIGMUND. “Una neurosis demoníaca en el siglo XVII” (1923 [1922]). En *Obras completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

FREUD, SIGMUND. "Inhibición, síntoma y angustia" (1926 [1925]). En *Obras completas*. Vol. XX. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 4. La relación de objeto* (1956-1957). Buenos Aires: Paidós, 2004.

LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis* (1959-1960). Buenos Aires: Paidós, 2009.

LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 10. La angustia* (1962-1963). Buenos Aires: Paidós, 2006.

VARGAS, DAVID. "Duelo del analista e identificación con el síntoma". *Desde el Jardín de Freud* 11 (2011): 221-228.

VARGAS, DAVID. "¿Solo se llora a los muertos? Interrogaciones sobre el duelo en Freud". *Aun* 8 (2014): 115-123.





Jim  
Aparal  
42-120 drawings  
blue eyed  
azulajo